

PROLOGO

PABLO BILBAO ARISTEGUI

Correspondiente de la Real Academia de San Fernando

Al tratar de conmemoraciones centenarias, se hace preciso establecerlas de dos clases o categorías: las forzadas, levantadas por algún avispa hurgador de diccionarios, y las verdaderas, las que se imponen por sí solas, por su propia grandeza y poderío.

A un distinguido y mordaz ingenio oí decir, más de una vez, que «es mal negocio ser autor difunto». Se refería específicamente a la literatura -poesía, novela, teatro-, cuando, en vida del autor, se mantiene la nombradía por el «toma y daca» de la crítica de amigos o el trapicheo con libreros y editores. Luego, al desaparecer el interesado -nunca llamado mejor-, todo se va desvaneciendo paulatinamente como el humo.

El centenario del nacimiento del P. Donostia se nos viene con campaneos de gloria. Hay que adoptar, en el caso, la terapia de huida del tópico, del cliché manido, de la comodidad del socorrido encasillar. ¿Por qué? Porque frente al espectro, al abanico de la obra del P. Donostia, con la mano en el corazón habremos de confesar paladinamente que ni la abarcamos en extensión de conocimiento, ni menos la tocamos en hondura. Nos sentimos ante ella como pigmeos.

Toda la labor del P. Donostia -compositor, folklorista, erudito, investigador, sabio en saberes musicales- fue presidida por la disciplina y el rigor. Al imprimir en preciosa edición sus dos admirables y jóvenes conferencias, «De música popular vasca» (1917), pronunciadas en nuestra sala de la Sociedad Filarmónica de Bilbao, hace suyo de comienzo el precepto de Horacio, aunque suene a hiperbólico: «nonum prematur in annum», que equivale a «reténgase (el manuscrito) nueve años, esto es, guárdese mucho tiempo antes de publicarlo». «Corregir: ordenar la sorpresa», reza paralelamente el aforismo de Juan Ramón Jiménez. El P. Donostia supo que la inspiración únicamente se da como fruto del trabajo. Inspiración que no sólo se aplica al feliz hallazgo de un acorde tras porfiada búsqueda, sino también al del documento o partitura, dormidos con polvo de siglos.

Atesoró esa virtud de las inteligencias superiores, que consiste en el juego excelso de dar en la diana. Todo en él fue puro y claro, como agua de hon-tanar. Fiel a un canon estético, persiguió la consecución de «la obra bien hecha», en el sentido mendelssohniano de la expresión. Obra bien hecha, sin mínima concesión a trampa y engaño, a los que por desgracia se otorga hoy patente de corso en las artes plásticas. Como la falacia de titular, con mani-fiesta impropiedad, «trabajo de investigación» al realizado sobre materiales de segunda mano.

Autor y obra, obra y autor no cabe disociarlos en el P. Donostia. Latie-ron al unísono, en acompasado movimiento de ósmosis. Amó con amor apa-sionado su «ama lur». Y su grandeza de alma, precisamente por hallarse tan enraizada en lo vasco, no le plegó las alas con que avistar otras alturas y hori-zontes.

«Padecer, y hacer, y callar», fue el trípode que San Juan de la Cruz colo-caba como «mejor remedio para guardar el espíritu», en carta a las carmelitas descalzas de Beas. El P. Donostia, con el debido transporte, también pudo apropiarse el lema sanjuanista, a modo de divisa de su escudo. Cuando le cupo la suerte -avatares de la vida y de los hombres-, padeció y calló bajo el sayal capuchino. A lo largo de su existencia se abroqueló de soledades y silencios fecundos. Y así, por encima de todo, «hizo», hizo su obra, la que nos deja como rico legado, con el noble ejemplo de correspondencia a la regla religiosa.

«Dios te libre, lector, de prólogos largos», conjuró don Francisco de Quevedo. Y a Quevedo me atengo. Insistentemente me viene a la memoria aquella prodigiosa armonización del P. Donostia para voces blancas del «Itxasoan». Creo interpretar el común sentir. En el mar de la cultura vasca el P. José Antonio queda ya para siempre a manera de «itxasargi», faro in-conmovible que ha de alumbrarnos y servirnos de pauta con su luz y destel-los.